

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
NÚMERO EXTRAORDINARIO.



NÚMERO 9º

Madrid Junio de 1894.

OFICINAS FACTOR-7.



CROMOTIPIA - E. PORTABELLA.

ZARAGOZA.

MADRID. PROCESION DEL SM̄UM. CORPUS CHRISTI EN 1830.

contra su zeno, gritaba y se sofocaba. Dio la bendición—decía Juan.
Antonio, amenazado con un cuchillo a Frasquita, impuso silencio.
En aquel momento se oyó claramente el ruido de las pisadas de un caballo que se aproximaba.
Antonio salió a la puerta y creyó reconocer a la luz de la luna, al afortunado marido de aquella mujer.
Los soplidos le convencieron, y ya no vaciló en ocultarse, previa la formal promesa de callar, que arrancó a Frasquita.
—Aquí—dijo el compadre.
—¡Debajo de la cama! No—replicó resueltamente Frasquita.
—Aquí ha de ser, ó te mato y la mato—insistió el cobardo.
Y, sin dar tiempo a más réplica, se ocultó debajo del lecho conyugal.
El niño miraba con espanto al compadre.



EN LA COSTA CANTÁBRICA, POR GARTNER

Efectivamente era el caballo de Juan el que se aproximaba.
Juan se apeó apenas llegado a la puerta, y sin llevar a la cuadra la cabalgadura, entró en la casa para sorprender a Frasquita, que le recibió con los brazos abiertos.
Con los brazos de Diego.
—¿Qué hacías ahí acostada?—preguntó Juan tomando al niño para acariciarlo.
—Papa—balbuceó el niño.—al Bu.
—¿Eh?
—¡El Bú! ¡Alí, papa!
Y, diciendo esto, indicaba el sitio donde se hallaba escondido el compadre.
—¿Quién dice esas cosas a un niño? No me gusta que las suelten.
—Hijo, si no hay Bu, mi vida—le dijo Frasquita, temblando.
Pero el chiquitín, atemorizado, volvió a insistir, después de algunos segundos, en sus temores.
—Entonces, ¿qué fue—declaró Juan—fi, fi, levante el cobardo y vi a aquel hombre. Lo viste claro, y, justificándose, le di un... arrojémoslo en el corral, diciéndole:
—Pa que no guerra más a espantarnos a un niño.

tas del cielo, las arenas del mar y... las voces que he faltado a clase!
Y hasta cuando me refugio en mi cuarto y tiro de libros y programas, y me dispongo a recuperar el tiempo perdido con unas cuantas horas de estudio, llegan a importunarme para hacerme juez de sus discusiones el comisionista de ropa blanca, el funcionario de Gobernación y el *Isidro* rogado de Puellahonda.
¡Ay! ellos no saben lo que son para nosotros estos últimos días de curso, ni lo que se va acercando el *juicio final* teniendo las asignaturas prendidas con alfileres!
—Chico, te acompaño en el sentimiento; pero de esa tela tengo yo una capa. En mi casa la mayor parte somos estudiantes, y nos hemos pasado el curso en perpetua *juerga*. Por la noche ya se sabía: un rato al café a charlar de la tierra, ó al paraíso del Real a discutir la música del porvenir y del presente; por la tarde, a la acera de sol de la calle de Alcalá, y si llovía, en casa a estudiar... la manera de entenderse con las vecinas... Porque la calle es estrecha, las vecinas son gu-

pas, y entre un libro lleno de ciencia, todo lo hermoso y agradable que querían decir los sabios, y una mujer que como junto a los orizontales, y entre puntada y puntada levanta la cabeza para mirarte con unos ojos muy dulces y una sonrisa muy alegre, la elección no es dudosa.
Quisiera ver yo a los pocos sabios que en el mundo han sido, en semejante aprieto, a ver si no dejaban los libros por las vecinas.
Eso hicimos nosotros, que no vamos para sabios, ni mucho menos, por más que otra cosa crean en el pueblo. Así es que se nos ha echado junto encima y estamos en el A. B. C. de las asignaturas.
He tratado de recuperar el tiempo perdido, y he procurado *empollar*, solo en mi cuarto, entre aquellas aborrecidas cuatro paredes de mi celda estudiantil. Esfuerzo inútil. Si es de noche, la luz del quinqué me abrasa la cabeza; por la ventana, abierta en demanda de las auras nocturnas, entran falanges de mosquitos, que me acosan y marcan con sus picotazos y ruidos, y cuando no es esto, el vecino más próximo me atardece roncando, como

si en las narices tuviera la trompetería de un órgano.
Si es de día, volvemos a lo de antes: a las vecinas. Allí están todas, haciendo unas chamberas muy frescas y vaporosas, y rosando y cantando aquello de «Aprieta con ganas y «Un mantón de la China—na, China—na; todo el repertorio, es fin, de nuestras zarzuelillas picarescas. Y francamente, se necesita la fortaleza de Ulises para resistir los cantos fascinadores de estas sirenas de modo alto.
La más próxima a mi balcón es una morenita, que parece decir con los ojos: «Quidre-ma muchos, y esta vecina tiene un canario, y este canario es sin duda el de la copia, es decir, el más sonoro, porque el animalito canta como si estuviera convaleciente de que a eso ha venido al mundo.
—Y tú con la cabeza a pájaros.
—Justamente. Sin poder estudiar nada. Me pasa con este animalito lo que a Chateaubriand con sus tortolas...
—¡Coincidencias geniales!
—No lo tomes a broma. Ya sabes que cuando al poeta quería escribir era cuando se

apellaban con más cariño las tortolitas, y su canción de amor apasionada y monótona cantaba la casta musa del genio.
—Pero al fin la inspiración llegó un día en que estaban sus más vehementes arreos.
—Pues ese día es el que yo espero para aprenderme lo menos cuarenta lecciones. Pero si no llega antes de los exámenes, estoy perdido.
—Y que no es desagradable eso de que un suspenso le amargue a uno las vacaciones...
—Y estar todo el verano bajo la pasadilla de los libros.
—Y soportar el ceño de papa.
—Y ser objeto de la chismografía local.
—Y no leer en el periódico el suelto laudatorio de bien llegada.
—Y, en fin, no disfrutar libremente de aquellas mañanitas en la playa; de aquellas romerías en los pinares; de las fiestas de la Virgen y del baile del Casino.
—¿Quién sabe! Eso se puede lograr estudiando.
—Pues a *empollar*.
—¡A *empollar*!

Y los dos muchachos se volvieron la espalda bruscamente, como si fueran los enemigos más irreconciliables, abrieron libros y apuntes y se pusieron a estudiar así en alta voz, como queriendo grabar en la memoria con la vista y el oído al mismo tiempo. Todas las ideas que surgían al recorrer aquellas páginas casi virgenas, y aquellas lecciones casi inexploradas.

EDUARDO DE PALACIO

¡OH, JÓVENES AMABLES...!

(ESTUDIO EN PLENO RETIRO.)

¡Qué bien colocado está aquel banquito verde en la isleta del estanque!
El respaldo se apoya en unas senechas que no ha tocado la tijera del jardinero, así es que empajadas por el torrente de savia nueva que palpita en sus recónditas celulillas, prolongan en todas direcciones sus ramas y unas exploran las copas de los árboles vecinos; otras se enlazan formando aéreas escaleras, y algunas gallardean solas cubiertas de hojas y de flores.
El banco domina una gloriosa microscópica protegida del sol por el follaje de las senechas, y esta gloriosa tiene salida a una plazoleta más amplia, más simétrica y, si se quiere, mejor amueblada, pues hay allí hasta su media docena de bancos para alivio de paseantes cansados y refugio de transeúntes perezosos.
De madera de pino son los bancos; no tienen los unos más perfiles y pulimento que los otros; pero el banquito verde de que hablé al principio, vale mucho más que sus vecinos y compañeros.
Desde allí se descubre el estanque con sus barquitas verdes y blancas; sobre el estanque la fuente de las Esfinges, que parecen avanzar en sus pedestales para mirarse en las aguas; sobre la fuente el follaje sombrío de unos olmos gigantescos; sobre los olmos la cúpula brillante del palacio de cristal, y sobre el palacio, los árboles, la fuente y el estanque, girones de ese cielo puro y alegre que da fama a Castilla.
Es, en fin, aquel rincón el observatorio más discreto que pudieran desear espíritus flagones y maliciosos.
Allí fui a dar una de estas mañanitas y allí me retiró la placidez del lugar, la frescura del ambiente y aquella soledad de jardín conventual que en derredor mio estaba. Pero al cabo de cierto tiempo dos jóvenes franceses se acercaron al panteón rústico de la isleta y penetraron en la plazoleta inmediata a mi retiro.
Los recién llegados eran dos estudiantes.
—Ya estamos en clase—dijo uno de ellos al entrar en la plazoleta.
—Pues vamos a aprovechar estas horitas de soledad—contestó su compañero.
Y se sentaron en uno de los bancos, dejaron a un lado los voluminosos apuntes que bajo el brazo llevaban, sacaron unos pitillos, los encendieron, y...
De cómo se aprovecharon aquellas horas, y de cómo se perdieron antes otras muchas, podrá enterarse si al fin llega el curioso lector, por el siguiente diálogo:

¿DIOSA, HADA, MUJER... Ó QUÉ?

TEXTO DE FELIPE PEREZ.—DIBUJOS DE A. PONS.



En todo miente y engaña, porque es falso cuanto enseña: es blanca... siendo trigoaño, y es rubia... siendo castaña.
Por pintara engañadora resultan grandes sus ojos, y sus labios están rojos porque al carmín los colora.
Cubre sus imperfecciones y faltas la compostura, y aunque es baja de estatura, es alta... por los tacoceros.
El vicio, de que es jugueta, sus mejillas tiene ajadas, mas parecen sonreídas a fuerza de colorero.
Para hacer pequeño el pie le maltrata y lo tortura: para estrechar la cintura en su cuerpo estruja el corse.
Y cuenta, en fin, los ultrajes de su vida licenciosa la envoltura esplendorosa de alhajas, sedas y encajes.
Aunque repugna y fastidia a quien lo honrado recrea, más de un necio la desea, más de una cursi la envidia; más de un ríscabo, incapaz de dar a un necesitado, con derroche le ha pagado una caricia falaz.
Por ella se «donatina» más de un vejete lascivo, y más de un prócer ávido humillarse y va en berlina.
Más de un bravo militar tiembla ante su ojo fiero; más de un moralista austero llegó por ella a pecar; más de un pollo entontecido «por lo fino» la enamora... ¡y más de un locaute llora el haberla conocido!



Arturo Calabacón, risible siotomesino, la ha encontrado en su camino y la adora con buen fin.
Su epuro carifoso implora, con admiración la mira, y cuando la ve suspira y cuando no la ve llora.
Y en su capricho liviano al enamorado memo llega al repugnante extremo de ofrocerla nombre y mano.
Ella, que busca dinero, porque el amor no la engaña, como una loca se ríe del infeliz majadero, que no vive ni reposa, creyendo vencer amante, y exclamando a cada instante: «No es mujer... es una diosa!»



Don Casto Calabacón (que es casto solo de nombre), ya sexagenario y hombre de muy buena posición, de igual modo se entusiasma y tras ella corre y trata, aunque lo angustia la gota y aunque le sofoca el asma.
Queriendo dar en el blanco, acompaña, cauteloso, cada billete amoroso con un billete de Banco.
Y ella, atenta a la ganancia, con el codo y capitula, y sonriendo, disimula al asco y la repugnancia, diciendo: Ya pesqué un rico y podré, por triple gozo, disfrutar con el buen mozo, y burlarme de aquel chico.
Mientras el vejete al ver su conquista, dice fiero: —Esta me arruina, pero... ¡es una buena mujer!



También Pepe Calabacón, que presume de elegante, de buen mozo y de tunante, se ha propuesto darle casa, creyendo cosa segura que ella accederá con gozo a ser amante de un mozo de su porte y su figura, pues aunque aparenta estar poco dispuesta a ceder, es... que gusta a la mujer el hacerse de rogar.
A ella gusta que él la ambrome, más no accede a su pasión, porque ella dice que con la hermosura no se come, y él, creyéndola impulsada por coquetón fugazmente, exclama a cada momento: «¡Oh! ¡no es mujer, es un hada!»



Reproduzco gustoso estos consejos por creer que los necesita mucho el estudiante a quien van dirigidos.
Y como el casi todos los que van a estudiar al Retiro en estas mañanitas de primavera.

P. ROVIRA

NOTA AL PÚBLICO

El presente número, como todos los demás que publicamos cada quince días, con páginas en cromotipia, tendrá por precio para el público

15 CÉNTIMOS

Los señores suscritores de Madrid a LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA podrán adquirirlo al precio de

10 CÉNTIMOS

bien por medio del repartidor ó en esta Administración.

Los números atrasados para formar colección costarán

25 CÉNTIMOS

Imprenta de LA CORRESPONDENCIA FACTOR, NUM. 7

